

Euskera para castellanohablantes

(O de cómo dos lenguas tan distintas se parecen tanto)

Beatriz Fernández

Presentación

Hay muchas y muy diversas formas de percibir las lenguas. Es probable que un castellanohablante sienta que su lengua materna es muy diferente al euskera. Si no ha tenido la ocasión de aprender o al menos estudiar euskera, con seguridad entenderá poco o nada de una conversación entre vascófonos. Incluso, puede que cuando se inicie en el estudio de la misma, encuentre sobre todo diferencias que hagan aún más arduo el aprendizaje de esa segunda lengua, y no concomitancias entre las mismas.

Sin embargo, no es este sino el punto de vista contrario el que he tomado yo en este libro, es decir, en contra de lo que podría parecer, dos lenguas tan distintas como el euskera y el castellano se parecen mucho la una a la otra. Quizá no a primera vista, donde las diferencias se hacen más evidentes, pero sí cuando buscamos con la mirada y penetramos en los aspectos más recónditos de ambas. Hay quien se detiene en las diferencias y no mira más allá, y eso es por supuesto legítimo, pero también estamos los que como yo preferimos navegar en mares más profundos y buscar lo esencial de las lenguas. Y ahí, en lo más íntimo, ambas lenguas son básicamente iguales.

Tampoco pretendo engañar a nadie. Esto que digo sobre el euskera y el castellano, podría decirlo sobre dos o más lenguas cualesquiera. Digamos que para mí, cualquier lengua natural, es decir, aquella que se adquiere de manera espontánea en la niñez, en la medida en que es un exponente más de una misma capacidad humana, innata y universal, se parece a cualquier otra lengua elegida al azar.

Dicho esto, mi elección no es aleatoria. Quizá porque quienes me dieron la vida, me dieron además dos lenguas, la suya propia, el castellano, y la de la tierra, el euskera, cuando con otros, muchos de ellos también castellanohablantes monolingües, crearon la ikastola *Bihotz Gaztea* de Santurtzi en la década de los sesenta. Y quien me llevaba al Pagasarri de la mano, mi abuelo materno, era un castellanohablante llegado a Bilbao a principios del siglo pasado, y también lo era mi abuela materna, una mujer menudita y enfermiza que sin saber una sola palabra de euskera, pedía que recogiéramos los *hondakines* al levantar la mesa después de comer y me cuidaba con esmero cuando me salía un *biritxindón*.

Así que este libro, que es una deuda familiar cuyo pago he postergado mucho tiempo, pretende aproximar una lengua en particular, el euskera, a los castellanohablantes como mis padres, y mis abuelos maternos, a los que dedico el libro. Por lo que en estas páginas, describo, analizo y comparo ambas lenguas y no otras.

Al hacerlo, he tratado cuestiones que difícilmente sobrepasan los límites de los foros de lingüistas, filólogos o al menos de iniciados en la materia. Por poner un ejemplo, hablo en el libro de cómo se ordenan las cosas en una lengua y otra. Cuando digo cosas, quiero decir, por ejemplo, dónde se coloca el objeto y dónde el verbo en una oración, y por cierto, en eso ambas lenguas parecen cada una la imagen especular de la otra (ya que en castellano decimos *como manzanas*, pero en euskera, *manzanas como*). O por poner otro ejemplo, cómo se marcan en ambas lenguas el sujeto y el objeto, algo que puede parecer esotérico, pero que en realidad es absolutamente relevante para los hablantes que tienen que distinguir de manera nítida cuál es el sujeto y cuál el objeto, por ejemplo, cuando hablan de que alguien ama a otro alguien, algo que puede ser igualmente cierto a la inversa, pero no necesariamente.

Normalmente (y es muestra de la buena salud de la población), estas cuestiones no se tratan cuando uno no es un adicto a las lenguas, como lo soy yo, reacia, por otra parte, a la rehabilitación. Estas cuestiones suelen además despertar cierto recelo e inseguridad en los hablantes que reaccionan con desconfianza o

desconcierto y preguntan: *¿Es que he dicho algo mal? ¿No es correcto en castellano? ¿No lo digo bien en euskera? ¿Debo corregirlo?*, o simplemente desinterés (*puff, lengua, deja, déjalo que no es lo mío*) recordando seguramente las clases de gramática normativa de la escuela, algo con lo que sigue torturando a nuestros jóvenes el sistema educativo. Por eso, y porque en este caso, no busco interlocutores expertos que discutan con vehemencia y pasión sobre la naturaleza de un morfema, con tanta entrega que por un desencuentro intelectual pueda llegar la sangre al río, he tratado de aderezar el texto con otras muchas cuestiones que circundan a nuestras dos lenguas y que posiblemente interesen más a los hablantes saludables, como la historia de sus gentes, compartida en muchos sentidos, la cultura, la gastronomía, la literatura o el cine...

De pequeña, cuando tenía dolor de cabeza, único mal que padezco ya desde entonces, mi ama disolvía una aspirina en agua sobre una cuchara y le añadía un poco de azúcar. Aquello hacía más soportable el sabor amargo a una niña con un paladar ya entonces muy bien adiestrado en los grandes secretos de la cocina vasca. No sé si en general, las cuestiones que atañen a las lenguas y en particular aquellas en las que yo trabajo, es decir, la sintaxis, la gramática tienen el sabor amargo de una aspirina. Para mí no, evidentemente, pero sí para la mayoría de hablantes. Es por eso que he endulzado el texto para que los hablantes de castellano puedan disfrutar tanto del euskera como de su propia lengua, quizá no con la pasión con la que yo disfruto de las mismas, pero sí al menos con curiosidad, con interés, sin temor y, sobre todo, sin prejuicios. Al fin y al cabo, la lengua forma parte de nuestra idiosincrasia biológica, pero también de nuestra identidad cultural, de nuestro devenir histórico y también, espero, de nuestro futuro más inmediato o lejano.

Para finalizar esta presentación, quiero agradecer la confianza que han depositado en mí y en este proyecto la editorial Erein y su editor Inazio Mujika. Como ya digo en la introducción del libro “que se trate de la misma editorial en la que vio la luz en 1978 *Gramatika bideetan* (En los caminos de la gramática) de Patxi Goenaga”, uno de nuestros mejores gramáticos, “no hace sino llenarme de orgullo y

cargarme de responsabilidad”. Por último, quiero también mencionar a tres excelentes lingüistas entre los muchos que de una u otra forma me han ayudado en este proyecto. En primer lugar, a José Antonio Pascual, eminente lexicógrafo español y académico de la RAE, que me ha acompañado desde el comienzo de la gestación de este libro con complicidad y desbordante simpatía; en segundo lugar, a Juan Carlos Moreno Cabrera, un conocido tipólogo madrileño, políglota y vascófono, amante de las lenguas y un defensor a ultranza de la igualdad entre las mismas, y en tercer y último lugar, a Maitena Etxebarria, una gran conocedora del castellano del País Vasco y querida compañera de fatigas.

Gracias de corazón a todos ellos.

Beatriz Fernández, 28 de noviembre de 2016